

EL LETEO

A María Pereira Otero

Con Decio Junio Bruto al mando, los soldados
–cascos de Picasso en *Massacres en Corée*, cascos de Paolo Uccello
en San Romano,
uccellacci, ucellini, el águila caudal–
avistan una fronda, imitación acuática,
negro el cabello, undoso gongorino,
sortija de azabache de las aguas oscuras,
en la plata de lanzas y de ondas rizadas,
blanco y negro y dorado tal vez, envés de la memoria,
el reverso del óxido del día.
Imitativamente el cormorán aguarda
el tremolar de luz del estandarte.
¿Quién, como Pound, vadeó el Leteo,
o, como el mensajero del Tetrarca,
le puso proa en góndola de fuego?
Vivir en el Leteo es revivir
(Le sein charmant qui joue avec le feu)
y aunque la voz de luz del adalid
a cada uno llame desde la otra orilla por su nombre
(Me llamarán, nos llamarán a todos),
sea el Leteo de pez, de estopa o de alquitrán,
el olvido es hermoso, y se me borra
el caballero a oscuras de Turín
(le acompañaba aquella mujer rubia:
iban a solas por los soportales,
cogidos de la mano, como el trueno
y el relámpago en carmen otoñal).
En luz púrpura el día se desgarrar:
en el tapiz de Almada Negreiros, primavera encendida,

otoño de morados en el Turín de pórticos.
Y es ésta la mirada del Leteo:
blancos los rostros, sin facciones ya,
pero son nuestros rostros, y nos reconocemos
tras este yeso en colección de máscaras.
Así el tiempo que al fin nos simboliza:
más que anular, construye la verdadera imagen,
los fuegos de artificio de nuestra juventud,
cada uno viviendo a escondidas de todos los demás,
cada uno a escondidas de sí mismo,
(La escondida en el México de las pistolerías en color,
con las locomotoras y las reses,
con la hidra de Lerna, los establos de Augeas,
lo claro de la noche en nuestros rostros,
oscuro y blanco el sueño del Leteo).
¿A quién, de estas estatuas hoy vivientes,
dimos la mano? ¿Cuál de ellas fui yo?
Como en un paseo de flores hacia el mar
o en una bocacalle de luz de mármol gris,
las estampas vivientes son nuestra alegoría:
sin pasado, nos miran como cigüeñas de marfil y fuego,
en un cielo de luces comuneras,
no un «comunero eclipse» en Calderón.
*No hay sol; el cielo de invierno
es de bruma y nubes blancas.*
Pero no hace frío en el Leteo:
las aguas, ni heladoras ni quemantes,
devuelven a la orilla cuerpos sin alma pero no sin vida.
(Es nuestra vida: es el punto y aparte,
el ganchillo del cielo deshilado
que dibuja el dechado de la luz).
Y vosotros, soldados de Almada Negreiros, en la antigua *pousada*,
agitad pabellones y lanzas: son mi vida.

Tanto supimos ser, que ya no somos,
tanto quisimos ser, que ya no somos,
pero somos al fin nuestro rostro de arcilla,
lo que no revelaban los rasgos, las facciones aún no delineadas.
No serán el cuadrado de la muerte,
sino el desvelo de la no-conciencia,
saber al fin que el río del olvido
nos hace permanentes en la luz.
Cuando ya sólo sea el olvido del olvido,
en la noche cegada volará un gavián.
Es su presa la vida: quiso apresar el ser;
libre del ser, ahora el ser es suyo,
pues nos sentimos poseídos siempre
por el agua nocturna del Leteo de oro,
el Leteo de plata desarmada,
el Leteo de plata derramada en la noche que ha amanecido ayer.

21-22 / IV / 2014